

China y Cuba, género negro más allá del capitalismo

José Luis Muñoz y Don Winslow, con sus novelas ambientadas en Pekín y La Habana, trasladan un género nacido en el interior del capitalismo a dos de las naciones en las que aún sobrevive el comunismo

Desde que la novela negra surgió en los años 20 en los Estados Unidos, en cierto modo como respuesta a la novela enigmática que triunfaba en la Gran Bretaña, que se había anquilosado al recluirse en las mansiones victorianas de los aristócratas ingleses, dos fueron las premisas que la acompañaron: que se trataba de un género eminentemente realista y, por tanto, crítico con la sociedad en que la había visto nacer, con la corrupción y la violencia que la rodeaban, y por otra parte, algo imprescindible en una literatura de esas características, que sólo podía practicarse en un ambiente de libertades. Toda expresión artística, literaria o cultural necesita, es cierto, para desarrollarse plenamente que los creadores gocen de libertad para expresarse y llevar a buen fin sus obras, pero es evidente que cuando esa expresión conlleva una crítica feroz a la sociedad establecida, los poderes públicos y las instituciones en que se sustentan, sólo es aceptada por los regímenes democráticos mientras que las dictaduras, del color que sean, no sólo no animan a que ese tipo de obras germinen, sino que las reprimen directamente.

Caldo de cultivo

En nuestro entorno tenemos un ejemplo bien claro. Sólo tras la muerte de Franco y la instauración de un régimen de libertades se puede hablar, en España, del nacimiento de la novela negra. Vázquez Montalbán, Juan Madrid, Andreu Martín o Julián Ibáñez, referentes hoy en día del género negro español, se iniciaron en el mismo a finales de los setenta o primeros años de los ochenta. Y yéndonos al otro extremo ideológico, sólo a partir de la disolución de la URSS han empezado a aflorar escritores practicantes de novela negra en Rusia y el resto de los países que se encontraban detrás del "telón de acero". Julian Semionov, un escritor no excesivamente crítico con el régimen soviético aunque apoyó la "perestroika" de Gorbachov, fue tan sólo una excepción, pero en general los países comunistas no fueron un buen caldo de cultivo para la creación de esa clase de novelas.

Y sin embargo esos regímenes, como todos los regímenes totalitarios o dictatoriales, constituyen uno de los escenarios ideales para pergeñar obras del género. Porque independientemente de su matiz ideológico o incluso del apoyo interno o externo que en un momento dado puedan suscitar, se trata de sistemas en los que por concentrarse el poder en unas pocas manos y no admitirse la crítica a quienes detentan ese poder ni haber una policía o justicia independiente, los casos de



abusos, de corrupción o de impunidad florecen por doquier, y es precisamente por esas aguas claramente cenagosas por donde mejor navega el género negro.

En estos últimos días han llegado a las librerías dos novelas muy diferentes entre sí pero que tienen en común el hecho de que transcurren en el interior de dos países comunistas. Dos novelas separadas tanto en el tiempo como en el espacio, escritas por dos autores que han demostrado su maestría en obras anteriores y que escudriñan con interés y rigor los países en los que se han centrado. Don Winslow nos traslada a la China de los años cuarenta con *Satori* (Roca editorial) mientras que José Luis Muñoz se acerca hasta la Cuba de nuestros días con *Llueve sobre La Habana* (La Página ediciones).

En España, sólo tras la muerte de Franco y la instauración de la democracia, se puede hablar del nacimiento de la novela negra

'Satori'

Winslow, uno de los guionistas de la que ha sido considerada como mejor serie policíaca de televisión de los últimos tiempos, la mítica *The Wire*, y autor así mismo de algunas de las más celebradas novelas publicadas en los últimos años, rescata a Nicholas Hel, el héroe de *Shibumi*, la novela escrita por Trevisan, un extraño personaje experto en todo tipo de artes marciales y, sobre todo, en autocontrol mental, que entre sus peculiaridades



más curiosas, al menos para nosotros, está la de que domina el euskera y que, en una precuela de la novela original, es liberado de su prisión en Japón por un alto cargo de la CIA, que le propone trasladarse a Pekín y una vez allí asesinar al encargado comercial de la embajada soviética. Si consigue hacerlo, y sale con vida, lo que a primera vista parece bastante improbable, quedará en libertad y se le proporcionará una nueva identidad y dinero sufi-

ciente para que inicie una nueva vida. Se trata, por tanto, de una misión suicida pero el joven Hel aceptará sin dudar, aunque al hacerlo tenga sus propios planes, relacionados con sus propios orígenes, que Trevisan había dejado ocultos en cierta penumbra y Winslow se atreve a revelararnoslos.

Llueve sobre La Habana

Aquí la historia, en cambio, se ajusta más a los cánones de la novela negra clásica. Y dentro de és-

ne. Un parecido no sólo físico, sino también en lo relativo a su nacionalidad, porque al inspector Rodríguez Pachón no le cuesta nada, pese a su escasez de medios materiales, a millones de años luz de distancia de los que aparecen en las series del CSI, dar con la identidad del asesino. El problema es que éste es intocable, ya que posee pasaporte diplomático, por lo que el viejo y honesto policía pronto comprenderá que una cosa es la retórica revolucionaria y otra muy diferente la "razón de Estado".

Dos países diferentes

Cuba y China, China y Cuba, dos de los pocos países que hoy en día mantienen regímenes políticos comunistas, pero dos países muy diferentes entre sí y alejados también (al menos en las novelas de las que estamos hablando) en el tiempo.

Winslow, algunas de cuyas obras anteriores destilan un importante acercamiento a la problemática de la sociedad en la que vive, pese a escribir un thriller de encargo es capaz de diseccionar la China de finales de los años cuarenta, con su relación amor-odio con la Unión Soviética y sus intentos por erigirse en una gran potencia, primero regional y posteriormente internacional. Para ello no le importa arremeter contra sus dirigentes que, si alguna vez han creído en eso tan hermoso que predicaban los fundadores del comunismo, la hermandad entre todos los hombres, se muestran más bien como seguidores de la máxima orwelliana de que "todos somos iguales, pero unos somos más iguales que otros". Mientras Nicholas Hel busca simultáneamente su paz interior y acabar con la vida de su objetivo, Winslow nos muestra los inicios de un régimen que incluso hoy en día es difícil saber si es comunista o capitalista.

La mirada que, en cambio, proyecta Muñoz sobre Cuba, siendo igual de lúcida, es mucho más compasiva, quizás por más cercana. No se engaña ni nos engaña, la revolución que un día fue el faro de muchos progresistas en el mundo occidental está decayendo e incluso sus más acérrimos defensores dentro de la novela lo saben. Pero también saben que siempre tiene que pervivir un sentido de la justicia y, al mismo tiempo, unas inmensas ganas de vivir pese a todas las dificultades. *Llueve sobre La Habana* quizás no guste a los jerarcas cubanos, no lo sé con seguridad, es tan sólo una intuición, pero es indudable que gustará a los amantes del género negro y a quienes tienen cariño por ese país que, pese a su lejanía, aún sentimos tan cercano.

José Javier Abasolo